

PAÍS DE JAUJA: * **NOVELA MULTICULTURAL ****

David SOBREVILLA

Podemos leer *País de Jauja* de Edgardo Rivera Martínez de diferentes maneras. Una es como un *Bildungsroman*, o sea como una novela de la formación de su protagonista Claudio Alaya Manrique que transcurre en el tiempo narrativo entre el 14 de diciembre de 1946 y el 2 de abril de 1947, período de las vacaciones escolares del protagonista. O podemos leerla como el moroso y fascinante descubrimiento por Claudio de la terrible tragedia —un amor incestuoso y la muerte de uno de los amantes— que afecta a sus tías Euristela e Ismena de Los Heros —no en vano la obra se cierra con la misa de honras fúnebres que se celebra en honor de ambas al cumplirse un mes de su fallecimiento conjunto—. Pero podemos leerla también —contra las prevenciones del autor— como una novela total sobre cómo era la vida en Jauja hacia fines de la década de los años 40, ya que aquí se ofrece una visión bastante completa de la vida en casi todos los estratos de esa ciudad: sobre las costumbres imperantes, los usos religiosos, el eco de los sucesos políticos que afectaban al Perú, la cultura jaujina en sus distintos niveles, los diferentes grupos que conformaban el tejido social de una ciudad donde la vida era bastante apacible: no por azar la obra lleva por título *País de Jauja*. Y podemos leerla también en clave multicultural como propuso Antonio Cornejo Polar: como la narración de “la imbricación tensa sin duda pero —sobre todo— gozosa” entre los dos mundos “hartos distintos y en más de un punto incompatibles, en que la vida encabalgó al autor” (Cf. su reseña, 1993: 42-43).

Por cierto, hay otras lecturas posibles —así por ejemplo puede intentarse el análisis de sus medios formales— y es probable que unas lecturas no descarten otras. Por nuestra parte, seguiremos la pista indicada por Cornejo Polar señalando de antemano que en cierta manera engloba las otras posibilidades de lectura.

* 1993, 1996. Emplearemos esta última edición.

** Intervención en la mesa redonda “Perú, problema y posibilidad en *País de Jauja*”, organizada por el IFEA.

El Perú ha sido inmemorialmente un país multicultural. Lo fue antes de 1532, ya que los incas lograron construir un gran Estado multinacional al que incorporaron a una gran cantidad de naciones: aymaras, chancas, mochicas, huancas etc. Lo siguió siendo después de la llegada de los españoles, quienes sometieron a los aborígenes, haciendo del Perú una colonia denominada Reino de la Nueva Castilla o Virreinato del Perú. Posteriormente se produjo la emancipación de España a partir de 1821, pero sin que se haya conseguido un mestizaje pleno. Antes bien, el Perú sigue siendo un Estado multinacional en el que los descendientes de los españoles han podido continuar imponiendo a los pueblos aborígenes la cultura occidental que sus antepasados trajeron.

Para simplificar esta situación a veces se señala que entre nosotros coexisten dos mundos o culturas distintas: la occidental y la andina como heredera de la cultura quechua. La situación real es bastante más complicada: entre nosotros además de la tradición hispano peruana y quechua peruana hay una tradición aymara peruana y las de otros grupos menores pero significativos: la africano peruana, la sino peruana y la nipo peruana (Sobrevilla, 1994) (1). No obstante, en el contexto de este comentario sobre *País de Jauja* sólo he de tener en cuenta la tradición cultural occidental y andina que se contraponen en la novela.

¿Qué hacer en el campo de la cultura frente a esta contraposición? Una respuesta la dio el indigenismo literario. Ciro Alegría (1909-1967) quiso en sus tres grandes novelas *La serpiente de oro* (1935), *Los perros hambrientos* (1938) y *El mundo es ancho y ajeno* (1941) denunciar las injusticias sociales de que son objeto los comuneros andinos a mano de los grandes propietarios. Según Mario Vargas Llosa el ideal de Alegría era asimilacionista: integrar a los indios al mundo de la cultura mestiza (1996: 118-119). En cambio, José María Arguedas iba bastante más allá: quería de una parte destacar los valores propios y autónomos del mundo indígena y, en este sentido, no abogaba por la **aculturación** en el sentido de la sumisión del mundo andino al occidental, sino por una opción **transculturadora**: por la incorporación de los valores del mundo occidental al mundo andino, pero a partir de la matriz indígena y de sus propias ideas socialistas (2). No obstante, Arguedas advirtió un grave problema: el proceso de la modernidad occidental parece desarraigar y destruir indeteniblemente todas las tradiciones precapitalistas. Es así como en el año 1968 creía poder constatar que el toro de Pucará, figura emblemática del arte popular peruano, ha muerto definitivamente (Arguedas, 1976: 255-259).

Otra propuesta ha sido hecha por Mario Vargas Llosa. El ilustre novelista peruano vaciló mucho antes de tomar una decisión definitiva al respecto. El año 1988 visualizaba así el problema de aquellas sociedades constituidas por dos (o más) comunidades culturales y económicas:

“Tan importante como es la integración, el problema de alcanzarla reside en el gran abismo económico existente entre las dos comunidades. Los campesinos indígenas viven de una manera tan primitiva que la comunicación

(1) Especialmente la sección “Las posibilidades del caso peruano frente al problema de la modernidad”: 38-43.

(2) Cf. el notable libro de Angel Rama, 1982: esp. la segunda y la tercera parte.

es prácticamente imposible. Es sólo cuando migran a las ciudades que tienen la oportunidad de mezclarse con el otro Perú. El precio que tienen que pagar por la integración es alto —renunciar a su cultura, su lenguaje, sus creencias, sus tradiciones y sus costumbres y adoptar la cultura de sus viejos maestros. Luego de una generación se convierten en **mestizos** y no siguen siendo indios.

Quizás no exista otro medio realista de integrar nuestras sociedades que preguntarles a los indios si desean pagar ese precio. Quizás el ideal, es decir la preservación de las culturas primitivas de América, sea una utopía incompatible con la otra y una meta más urgente —establecer sociedades en las que las desigualdades sociales y económicas entre los ciudadanos hayan sido reducidas a límites razonables y donde cada cual pueda disfrutar de una vida decente y libre. En cualquier caso, hemos sido incapaces de alcanzar cualquiera de estos ideales y seguimos —como al inicio de la historia occidental— tratando de encontrar lo que somos y lo que habrá de ser nuestro futuro.

Si fuera forzado a escoger entre la preservación de las culturas aborígenes y su asimilación completa, yo elegiría con una gran tristeza la modernización de la población indígena, ya que existen prioridades y la primera es por supuesto la lucha contra el hambre y la miseria” (Vargas Llosa, 1991: 36).

No obstante, un año después, en plena campaña electoral peruana, Vargas Llosa sostenía una posición perceptiblemente distinta al declarar:

“Creo que en un país como el Perú, nosotros tenemos la obligación moral de hacer todo lo posible para congeniar el desarrollo, la modernización de nuestro país, con la preservación de las culturas más débiles... En términos éticos, nosotros no podemos aceptar que culturas como la quechua, la aymara o las pequeñas culturas amazónicas, que son culturas que vienen resistiendo la agresión de culturas más modernas de una manera tan heroica, desaparezcan... No podemos aceptar que vayan a ser desaparecidas por la modernización en el Perú. Al mismo tiempo, para mí esta modernización es prioritaria y hay que impulsarla de una manera muy resuelta, muy decidida, porque es la única manera como puede acabar o reducirse radicalmente el sufrimiento en el Perú. Hay que encontrar una manera, sin que la modernización se vea mediatizada, de darle a estas culturas pequeñas y débiles, las posibilidades de sobrevivir y modernizarse en sus propios términos, sin tener que renunciar integralmente a sus tradiciones, a su lugar...” (Vargas Llosa, 1989: 12).

Pero finalmente Vargas Llosa optó por inclinarse en favor de la modernización occidentalizante del Perú y en contra de la segunda posibilidad a la que hace mención: que culturas como la quechua, la aymara y las pequeñas culturas selváticas sobrevivan y se modernicen en sus propios términos —para utilizar su expresión—. Se lo ve muy claramente de su libro *La utopía arcaica* (1996) en que designa precisamente así al indigenismo de Arguedas, quien —según Vargas Llosa— quería preservar la identidad

indígena sin aculturarla. Los aspectos centrales de la utopía arcaica son, según Vargas Llosa, el andinismo, el pasadismo histórico, el inmovilismo social, el puritanismo y, en suma, el rechazo de la modernidad occidental y de la sociedad industrial. Esta utopía sería además antiindividualista, racista, antitecnológica y en verdad antioccidental.

¿Cuál es la opción de Edgardo Rivera Martínez frente a estas posiciones del indigenismo literario de Ciro Alegría y José María Arguedas y frente a la posición de Mario Vargas Llosa ante el problema representado por la contraposición del mundo occidental y del mundo andino en nuestro país? La opción de Rivera Martínez es que el mundo occidental y el andino no representan posibilidades excluyentes sino que, por el contrario, se dejan integrar en una tensión armónica. Esto lo muestra magistralmente *País de Jauja* en cuatro planos: los de la literatura, la música, la pintura y el mito.

En el de la literatura, el protagonista de la novela, el joven Claudio Alaya Manrique, aparece de una parte absorbido por la lectura de la literatura occidental, en especial por la del nivel más culto, leyendo la *Ilíada*, cuyos personajes asocia a menudo a otros de su entorno cotidiano, sobre todo a Helena de Troya a la que vincula con Elena Oyanguren, una hermosa enferma del Sanatorio Olavegoya. Pero también figuran en la novela otras capas de la literatura y cultura occidental de menor nivel: pongamos por caso las obras de Agatha Christie o la revista argentina *Leoplán* (335). Mas el protagonista se muestra igualmente atraído por la literatura oral andina que ha llegado a su conocimiento a través de los relatos de su empleada Marcelina. En especial las menciones a la *Ilíada*, a la *Antígona* de Sófocles y a la leyenda sobre los amarus y la flor de *sullawayta* juegan un gran papel en *País de Jauja*, se entrelazan con la trama y no tienen un carácter meramente ornamental. Posteriormente nos explicaremos más al respecto.

El segundo plano es el de la música. Claudio Alaya Manrique estudia piano y ama profundamente la tradición de la música culta occidental, sobre todo a Bach, Mozart y Beethoven; pero le gusta también la música popular occidental, como los boleros y hasta compone uno. Sin embargo, también está fascinado por la música andina, a la que recoge fervorosamente con su madre y por supuesto admira y practica. No sólo la música andina integra el patrimonio cultural peruano sino que también podemos apropiarnos de la occidental, como afirma la madre de Claudio: “Lo nuestro es la música de los huaynos, de los yaravíes, de los pasacalles, pero hay otras formas de música que también pueden ser nuestras” (353). Algo que corrobora el rumano Sr. Radulescu trayendo a colación el caso de Bela Bartok (353), y lo refrenda la escena final de la novela, la misa fúnebre en honor de las fallecidas tías de Los Heros, en que después de tocarse al órgano las grandes piezas de la liturgia católica se ejecuta un antiguo himno andino.

En el caso de la pintura la hermana del protagonista afirma que se puede expresar la realidad andina a través de las técnicas occidentales más modernas:

“‘Se me ocurre’, dijo Laurita, ‘que sucede lo mismo con la pintura: se puede recoger nuestros paisajes, nuestras gentes, nuestra luz, con el óleo, con la acuarela, con el fresco y con técnicas más modernas, y sin embargo ser muy serranos, o para decirlo con Abelardo, andinos’. ‘O indigenistas, como Sabogal o Vinatea Reinoso’, dijo tu hermano” (268).

Y, finalmente, el plano último y más elaborado es el del mito. Aquí Rivera Martínez entrelaza con la trama de la novela el mundo mítico griego y el andino, mostrando cómo ambos se alimentan de conflictos trágicos. Resueltos fatalmente prosigue la vida, y de la tensión disipada se eleva el sentimiento de una profunda calma y belleza. En *País de Jauja*, las hermanas Auristela e Ismena de Los Heros entierran a su hermano Antenor —de quien la primera estaba enamorada incestuosamente y sin saberlo—, pese a la prohibición de su padre don José María de Los Heros (508). La semejanza entre esta acción y la de Antígona de Sófocles en la tragedia del mismo nombre, es destacada por el mismo autor (418, 508). Pero con la intriga se conecta a la vez la leyenda de los dos amarus —el negro y el blanco—: el negro quiere la flor de lluvia y de escarcha —la *sullawayta*— y un día la toma, lo que provoca una serie de catástrofes. Para restituir la flor exige el sacrificio de una niña y después, y a fin de devolverla, que se lo aplaque con cantos para quedarse dormido y que la joven pueda regresar (449-450). En *País de Jauja* la revelación del amor incestuoso tiene lugar el año 1910, en que surca el cielo el cometa Halley, provocando un incendio en la casa hacienda del Sr. de Los Heros. De los amarus se dice que son un fuego blanco y otro negro (262). Y en otro lugar que es el amaru blanco el que quiere la flor de nieve y escarcha, y que la imagen del amaru y de la *sullawayta* se concierta bien con la idea de la continuidad de la vida más allá de la muerte (372). Nos parece que es legítima una lectura en el sentido de que el incendio es provocado por la aparición del amaru blanco que desdeña atacar a Euristela de Los Heros, pero abatiendo a cambio a Antenor. De hecho, aunque se pudiera recusar esta lectura, la escena final de la novela tiene la doble simbología de la continuidad de la vida después de la muerte y de la trascendencia de la muerte por “la belleza de una armonía que tanto enlaza tradiciones artísticas diversas cuanto integra la experiencia de cada quien en un infinito pulso vital que afirma la unánime dignidad de la existencia” (A. Cornejo Polar). Producida esta experiencia la formación de Claudio Alaya Manrique ha concluido.

Deseo observar expresamente que el que Rivera Martínez muestre con todo vigor la viabilidad de articular tradiciones culturales tan diversas como la occidental y la andina no significa en modo alguno que en *País de Jauja* silencie los conflictos de todo orden existentes en el Perú. No sólo que en la novela se mencionan los problemas políticos, sociales o religiosos existentes, sino que hay escenas en que se los presenta largamente, como la que tiene lugar entre Mitridates, encargado del neumotórax en el Hospital Olavegoya, y el teniente Delmonte (224-229); o el ataque dirigido por el cura Wharton contra el fabricante de ataúdes y fundador de una secta religiosa Fox Caro (492-502).

Para finalizar quisiera referirme al tema de esta mesa redonda: “Perú, problema y posibilidad en *País de Jauja*”. *Perú, problema y posibilidad* (1931, ²1978) es el título de un libro célebre de nuestro gran historiador de la República Jorge Basadre. Basadre escribía que la más alta finalidad de la historia no es ver sólo lo que hemos sido —un conjunto de problemas— sino también lo que no hemos sido: una posibilidad no realizada. Aplicando esta idea a la literatura peruana se puede sostener que en el pasado, hasta en el más reciente, sólo se ha acentuado el problema de la condición multicultural

peruana o soluciones unilaterales: así sólo se ha afirmado en la literatura peruana por un lado la herencia occidental o la inevitabilidad de la modernización occidental o por otra nuestra herencia indígena. En gran parte el valor de *País de Jauja* me parece residir en ser uno de los pocos libros de nuestra literatura en que se afirma a la vez todas nuestras nacionalidades y culturas: la andina y la occidental —y en otro plano la copertenencia de la vida y de la muerte—. Si lo comprendemos habremos avizorado Jauja, esa tierra en que se alcanza toda la felicidad que nosotros los seres humanos podemos lograr que no excluye por cierto la tragedia y el dolor.

Referencias citadas

- ARGUEDAS, José María, 1976 - Salvación del arte popular. In: *Señores e indios. Acerca de la cultura quechua*. Buenos Aires: Calicanto.
- CORNEJO POLAR, Antonio, 1993 - Novela de país: el nombre. *Sí*: 42-43; Lima, 5 de julio de 1993.
- RAMA, Angel, 1982 - *Transculturación narrativa en América Latina*; México: Siglo XXI.
- RIVERA MARTÍNEZ, Edgardo, 1996 - *País de Jauja*, 548p.; Lima: Peisa.
- SOBREVILLA, David, 1994 - Tradición y modernidad en la cultura y sociedad peruanas. In: *¿Qué modernidad deseamos?* (D. Sobrevilla & P. Belaunde, eds.): 38-43; Lima: Epígrafe.
- VARGAS LLOSA, Mario, 1989 - In: *Expreso*: 12; Lima, 27 de agosto de 1989. Suplemento Especial.
- VARGAS LLOSA, Mario, 1991 - *A Writer's Reality*; Syracuse: Syracuse University Press.
- VARGAS LLOSA, Mario, 1996 - *La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo*, 359p.; México: FCE.